

# La Revelación

andrés leal



# Capítulo 1

1

Todo cambió cuando mi padre tuvo una revelación. Antes de eso, éramos una familia normal que vivía en una casa pareada cerca de la calle Einstein. Mi padre era electricista y se declaraba a sí mismo como agnóstico. Nunca nos llevó a la iglesia, tampoco nos bautizó. Pasaba sus días del trabajo a la casa y de la casa al trabajo. Era alto, medía cerca de dos metros, por lo que cada vez que llegaba a un lugar, la atención de todos se centraba en él. Esas miradas no lo opacaban, al contrario, siempre estaba de buen humor, haciendo chistes y sonriendo de oreja a oreja. Era tanto su encanto que siempre tenía aventuras extramaritales. Le gustaba el vino y al menos una vez a la semana se emborrachaba con sus amigos. Su nombre era Oscar.

Conoció a mi madre en una fiesta de toque a toque. Según lo que el cuenta, le llamó la atención sus ojos color miel y la forma en que bailaba los temas de los Bee Gees. Según mi madre, al igual que todos los hombres de esa fiesta, no paró de mirarle las piernas durante toda la noche. Pololearon un año y se casaron en la Recoleta Dominica. Tuvieron dos hijos: yo, el primogénito y mi hermana, dos años menor. Mi madre, a diferencia de mi padre, era de baja estatura, llegando con suerte al metro sesenta. Laura, mi madre, no hacía chistes a menos que se sintiera en total confianza. Era una lectora voraz, de literatura y filosofía. Estudió derecho, pero reprobó el examen de grado tres veces. La última vez que lo intento fue un poco antes que mi papá tuviera la revelación. Pasó un año entero de su vida dedicada al grado. Yo creía que la tercera vez iba a ser la vencida, pero no fue así. Le fue peor que las otras veces: ni siquiera pudo hablar ante la comisión.

Discusiones tenían, pero nunca con gritos exagerados o humillaciones.

2

Mi hermana y yo asistíamos a un colegio católico. No nos pusieron ahí para que fuéramos cristianos ejemplares, sino por la educación que ahí se entregaba: altos puntajes PSU y SIMCE. Durante noviembre competíamos por quién se sabía con mayor precesión la extensa oración del mes de María. Casi siempre ganaba ella. Yo me olvidaba de la parte: oh virgen santa, en conservar nuestras almas puras y sin manchas...

3

La revelación se produjo durante el incendio de la casa. Estábamos durmiendo. Sentí olor a quemado, como si alguien estuviese tostando pan. Mi padre nos sacó a todos de la casa. El volvió a entrar en reiteradas

ocasiones tratando de rescatar la mayor cantidad de cosas. Tuvo quemaduras de diversa gravedad. Él dice que, en su último intento de salvar enseres, se le apareció Jesucristo.

4

Los meses siguientes se instruyó leyendo la Biblia. El antiguo y nuevo Testamento. Nos exigía rezar todos los días: antes de ir al colegio, a la hora de almuerzo y antes de dormirnos. Debíamos agradecer por lo que teníamos, e implorar para que el diablo no nos sedujera.

Mientras reconstruían la casa, nos fuimos a vivir de allegados a la casa de mi tía.

Oscar renunció al trabajo de electricista.

5

Luego de la revelación y antes de que predicara, Oscar me pilló masturbándome. Claudio, compañero de curso, tenía una copia de una película porno chilena: pan caliente. La escena era lésbica. Dijo que me tendría en penitencia por dos días: sin comer, sin salir de la pieza. Mi mamá se enteró de todo cuando llegó del trabajo. Él le dijo mujerzuela y maraca, ella le dijo loco culiado no te quiero ver más. Oscar se fue de la casa de mi tía. Tuvieron que llamar a los carabineros para sacarlo.

6

Dios apareció cuando la casa se incendiaba. Lo vi con mis propios ojos. Sus cabellos eran de color oro, sus ojos celestes intenso y su tez era luminosa: entre amarilla y blanca. Apenas lo vi, me arrodillé. Abrió sus largos brazos como invitándome a abrazarlo. Yo me acerqué, pero no me atreví a tocarlo. Algo me dijo en una lengua que jamás había escuchado y no sé cómo le respondí y entablamos conversación. Me dijo que lo siguiera, que leyera la Biblia y que me preparara para llegar al reino de los cielos. Yo le decía que sí a todo, trataba de verlo, pero su imagen se hacía cada vez más difusa y de pronto se transformó en fuego. La habitación entera se incendiaba y yo alcancé justo a arrancar.

Antes de eso, no creía en Dios. El diablo me había conquistado. Idolatraba el sexo, la bebida y la ambición. Mi vida iba por el despeñadero sin tener conciencia de que es ocurría. Pero luego de verlo, todo cambió. Vislumbré el camino con facilidad, y comprendí la forma en que debía recorrerlo. De nada servía mi trabajo de electricista, si no podía reflexionar de lo inmanente, de lo sustancial.

7

Me encantan los atardeceres de color rojo. Me quedo mirando el cielo un par de minutos y doy gracias por esos instantes de belleza. No todos los días hay atardeceres rojos, si fuese así no alcanzaríamos a apreciar toda la belleza. Mi papá vio una especie de atardecer rojo y pasó su vida intentando verlo de nuevo.

8

Estaba en la cocina de mi tía, con un cuchillo en la mano. Aún tenía llaves para entrar a la casa. Vestía un largo abrigo color tierra. Su apariencia atemorizaba a cualquiera: dos metros y un cuchillo de cocina afilado. Me dijo que me amaba y que Dios nuevamente se le había aparecido.

—¿Has leído la historia de Abraham y su primogénito? —Dijo Oscar, con tono paternal—

Apenas escuché su pregunta, comencé a correr. El me persiguió por toda la casa. Me decía que no había nada que temer, que Dios me estaba esperando en su reino. Yo mientras corría grité: ¡auxilio, me quieren matar!